

tando los escalones de cuatro en cuatro. Aquel joven duerme todavía como un querubin. ¿Que hermoso está con los ojos cerrados! He entrado, le he llamado...nada...Se ha quedado durmiendo.

-- Déjale dormir que por tarde que se levante todavía se habrá despertado temprano para saber las malas noticias que le esperan.

-- Qué le ha sucedido? preguntó Eugenia, poniendo los dos terroncitos de azucar en su café. Madama Grandet, que no se habia atrevido á hacer aquella pregunta, miró á su marido.

-- Su padre se ha hecho saltar la tapa de los sesos.

-- Mi tío? exclamó Eugenia.

-- Pobre joven! añadió madama Grandet.

-- Si, pobre, repuso Grandet, ya no le queda ni un cuarto.

-- Que desgracia! y él duerme como un patriarca, dijo con dulce acento Mariana. Eugenia no pudo comer mas: su corazon estaba comprimido, como cuando la compasion movida por la desgracia de lo que se ama asalta por primera vez el corazon de una mujer. La pobre niña se puso á llorar.

-- ¿Conoces acaso tú á su tío? díjole su padre, lanzándole una de aquellas miradas de tigre hambriento que echaba sin duda á sus montones de oro; ¿por qué lloras?

-- Pero, señor, ¿quien no se moverá á compa-

sion por este pobre joven que duerme como un tronco sin saber nada de su suerte? dijo la criada.

-- No hablo contigo, Mariana, cállate. Eugenia conoció en este momento, que la mujer que ama debe disimular siempre sus sentimientos. No respondió palabra alguna.

-- Hasta mi vuelta no quiero que le hables de nada, mujer. Tengo que arreglar los hoyos de mis prados. Al medio dia estaré de vuelta para la segunda comida, despues de la cual trataremos con mi sobrino de sus asuntos.—En cuanto á tí, señorita, si te veo llorar por ese mirliflor, partirá pronto y muy pronto para las Indias, y no le verás ya mas....

El padre tomó sus guantes del ala de su sombrero, se los metió con la calma habitual, restregándose unos dedos contra otros, y se fué.

-- Ah, mamá! yo me ahogo, exclamó Eugenia, luego que se vió sola con su madre. Yo no he sufrido jamas así.

Viendo madama Grandet que su hija palidecía abrió la ventana, y le hizo respirar el aire libre.

-- Ya me hallo mejor, dijo ella despues de un momento.

Esta emocion nerviosa en una naturaleza hasta entónces sosegada y fria, comunicose á madama Grandet, que miró á su hija con aquella intuicion simpática de que las madres están dotadas para con los ob-

jetos de su ternura y lo adivinó todo. Pero, en verdad, la vida de las célebres hermanas húngaras unidas una con otra por un error de la naturaleza, no había sido más íntima que la de Eugenia y de su madre, siempre juntas delante de una ventana, juntas siempre en la iglesia, siempre juntas dentro de un mismo círculo.

-- Pobre hija mía, dijo la señora Grandet tomando la cabeza de Eugenia para apoyarla contra su seno.

A estas palabras Eugenia levantó la cabeza, preguntó á su madre con una mirada y descubrió sus secretos pensamientos diciéndola:

-- ¿Por qué quiere enviarle á las Indias? ¿si es desgraciado, no debe quedarse aquí? ¿no es nuestro pariente más cercano?

-- Si, hija mía, esto sería muy natural; pero tu padre tiene sus razones, y nosotras las debemos respetar.

Madre é hija sentáronse en silencio, y continuaron su labor; mas oprimida de reconocimiento por la admirable comprensión del alma que le había dejado entrever su madre, Eugenia besó su mano, diciéndola:

-- ¡Cuan buena eres, mamá!

Estas palabras hicieron irradiar el anciano rostro maternal, marchito por dilatados sufrimientos.

-- ¿Te parece hermoso? la preguntó Eugenia.

Madama Grandet respondió solamente con una

sonrisa; mas pasados unos momentos de silencio, la dijo en voz baja.

-- ¿Por ventura le amas ya? harías mal.

-- ¿Mal? por qué? replicó Eugenia, á tí te gusta, á Mariana también, ¿por qué no he de quererle yo? Vamos, mamá, pongamos la mesa para su almuerzo.

Dejó su trabajo, y la madre hizo otro tanto, diciéndola: -- ¡Que loca eres!

Mas, luego ya ella misma se complació en justificar la locura de su hija, participándola también.

Eugenia llamó á Mariana.

-- ¿Quiere V. mas todavía, señorita?

-- ¿Mariana, tendrás nata para el medio día?

-- Ah! para el medio día, si, contestó la criada.

-- Muy bien, dale un café bien fuerte, porque he oído decir á M. de Grassins que así se hace en París. Pondrás buena porción.

-- ¿De donde quiere V. que lo saque?

-- Cómpralo.

-- Y si el amo lo sabe?

-- Ahora está en los prados.

-- Voy corriendo. Pero el señor Grondart me ha preguntado que si teníamos hospedados en casa los reyes magos, cuando me ha vendido la vela. Toda la villa va á saber nuestros gastos.

-- Si tu padre se apercibe de alguna cosa, dijo madama Grandet, es capaz de pegarnos.

-- Y bien! nos pegará: recibiremos sus golpes de rodillas.

Madama Grandet levantó los ojos al cielo. Mariana tomó su escofieta y se marchó.

Eugenia puso un mantel blanco y fuése á buscar algunos racimos de uvas que se habia entretenido en colgar con hilos en el repuesto. Voló lijera por lo largo del corredor para no despertar á su primo, mas no pudo menos de escuchar en la puerta la respiracion que salía de sus labios por intervalos iguales.

-- La desgracia le está velando mientras duerme! dijo entre sí.

Luego cojió las hojas mas frescas de la parra; arregló su racimo tan coquetamente como podría haberlo hecho un antiguo repostero, y lo colocó triunfalmente sobre la mesa. Despues se fué cuidadosamente á echar mano en la cocina de algunas peras que su padre habia contado, y las dispuso entre las hojas, en forma de pirámide. Iba, volvía saltaba y triscaba. Hubiera querido saquear toda la casa de su padre, pero él tenía todas las llaves. Mariana llegó entre tanto con un par de huevos frescos. Al verlos Eugenia, la vinieron tentaciones de darla un abrazo.

-- El arrendador de la Lande los tenia en su cesto, se los he pedido, y me los ha regalado para darme gusto.

En fin, despues de dos horas de cuidados, duran-

te los cuales Eugenia dejó veinte veces su trabajo para ver como hervia el café, para ir á escuchar el ruido que hacia su primo al levantarse, se dispuso á preparar un desayuno muy sencillo, de poco coste, pero que revolvia terriblemente las costumbres inveteradas de la casa. La comida del medio dia se hacia en pié. Cada uno tomaba un pedacito de pan, una fruta ó un poco de manteca, y un vaso de vino.

Al ver la mesa colocada junto al hogar, con una silla delante del cubierto de su primo; al ver los dos platos de frutas, la huevera, la botella de vino blanco, el pan, y el azucar amontonado en el platillo, Eugenia se puso á temblar de todo su cuerpo solamente al pensar en las miradas que su padre echaría, si por casualidad entraba en aquel momento. De ahí es que no apartaba la vista del reloj, para calcular si su primo podria almorzar antes que aquel volviese.

-- No pases cuidado, Eugenia, que si tú padre viene yo respondo de todo.

-- ¡Oh, mi buena madre! yo no te he amado bastante! exclamó.

Carlos, despues de haber dado mil vueltas por su cuarto, talareando, bajó por último, y afortunadamente no eran todavía las once. Habia puesto tanto cuidado en su vestido como si se hubiese hallado en el castillo de la noble dama que viajaba

en Escocia. Presentóse con aquel aire afable y jovial que sienta tambien en los jóvenes y que causó una triste alegría á Eugenia, tomando alegremente el desastre de sus castillos en Anjou, y adelantóse hacia su tía.

—¿Como ha pasado V. la noche, querida tía? ¿Y V. primita?

—Bien, muy bien, dijo madama Grandet. ¿Y V. como la ha pasado?

—Yo perfectamente.

—Ya debe V. tener gana de comer? le indicó Eugenia. Siéntese V. á la mesa.

—Es que yo no almuerzo nunca antes del medio dia, á la hora en que me levanto. No obstante, he vivido tan mal en el viaje, que me dejaré conducir por V. V. Por otra parte.... y sacó el mas bonito reloj que haya salido de casa, Breguet. (46) Toma...; no son mas que las once! Madrugador he sido.

—¡Madrugador! dijo madama Grandet.

—Si, pero queria arreglar miscosas. Con que bien; ahora comería de buena gana cualquier cosa, nada, una perdiz.

—¡Virjen santa! exclamó Mariana al oír tales palabras.

—¡Una perdiz! pensó Eugenia, que hubiera dado por ella todó su peculio.

—Siéntese V. le dijo su tía.

El dandy se dejó caer en la silla, como una mujer bonita en su divan.

Eugenia y su madre tomaron dos sillas y se sentaron cerca de él, delante del hogar.

—¿Ustedes viven siempre aqui? preguntó Carlos, viendo mas fea la sala á la luz del dia que no lo era de noche á la luz artificial.

—Siempre, respondió Eugenia mirándole, exceptuando el tiempo de la vendimia; pues entonces nos vamos á la abadía de Noyers.

—¿No pasean VV. nunca?

—Alguna vez los domingos, despues de vísperas, cuando hace buen tiempo, llegamos hasta el puente, ó vamos à ver como siegan el heno; respondió su tía.

—¿Tienen VV. teatro?

—Teatro! para ver comediantes! ¿No sabe V., sobrino, que esto es un pecado mortal?

—Tome V., señorito, dijo Mariana presentándole los huevos.

—Hola! huevos frescos! observó Carlos, que como todos los que están habituados al lujo no pensaba ya en su perdiz. Esto es delicioso! pero falta manteca.

—Ah ¡ ah! ¿ con que quiere V. manteca? entonces no habrá hojaldre! repuso la criada.

—Vé, trae manteca, exclamó Eugenia. La joven ecsaminaba á su primo, que cortaba el pan á pedacitos, y lo miraba con tanto gusto como el

que siente la mas sensible griseta (17) de Paris, viendo representar un nuevo drama, en que la virtud sale triunfante. Verdad es que Carlos, educado por una madre graciosa, y perfeccionado por una mujer á la moda, habia adquirido movimientos elegantes de coquetismo como lo son los de una señorita. Hay en la compasion y ternura de una jóven una influencia verdaderamente magnética. Asi Carlos, viéndose objeto de las atenciones de su prima y de su tia, no pudo sustraerse á la influencia de los sentimientos que se dirijian á él, y le inundaban, por decirlo así. Entonces echó sobre Eugenia una de aquellas miradas brillantes de bondad, de caricias, una mirada que parecia sonreir. Se apercibió, contemplando á Eugenia, de la harmonía de las facciones de su rostro puro, de su postura inocente, del májico resplendor de sus ojos, en que centelleaban juveniles pensamientos de amor, y en que el deseo se hallaba ignorante de la voluntad.

— A fé mia, querida prima, que si se hallára V. bien vestida y en un palco de la Grande ópera, (18) aseguro que mi tia tendria razon; pues haria V. cometer muchos pecados de envidia á los hombres y de celos á las mujeres.

Este cumplimiento estrechó el corazon de Eugenia, y le hizo palpar de alegría.

— Oh! primo mio, V. quiere burlarse de una pobre provinciala.

— Si me conociera V. bien, primita, sabria que aborrezco las burlas muy mucho, por que marchitan el corazon, destruyendo todos los sentimientos.....

Y se engulló suavemente su bocado de pan enmantecado.

--No, probablemente no tengo yo bastante talento para mofarme de los demas, y este defecto me hace mucha falta. En Paris hay un medio de asesinarle á uno, con solo decir: *Tiene buen corazon*. Esto allí significa: *Pobre muchacho! es tan bestia como un rinoceronte!* Mas como yo soy rico y conocido por diestro en matar á un hombre del primer tiro, á diez pasos de distancia, las burletas me tienen respeto.

-- Lo que V. dice, primo, anuncia un buen corazon.

-- Que anillo tan hermoso tiene V.! ¿ Haré mal, si le pido que me lo deje ver?

Carlos tendió la mano quitándose el anillo, y Eugenia ruborizóse al tocar con la punta de sus dedos las rosadas uñas de su primo.

-- Mire V. mamá, cuánto trabajo!

-- Que oro! dijo Mariana, presentando el café.

— Que es eso! ¿ que viene á ser eso? dijo riéndose Carlos, al aspecto de un puchero negruzco,

rodeado de una faja cenicienta, vidriado en su interior, y en cuyo fondo se revolvia el café, subiendo con el hervor á la superficie del líquido.

-- Es café, dijo la criada.

Ah, ya lo veo. Querida tia, quiero dejar á VV. un buen recuerdo de mi viaje por aquí. Están VV. muy atrasados: voy á enseñarles á hacer un café bueno, en una cafetera á la Chaptal.

-- Tantas cosas hay que hacer, dijo Mariana, que sería menester pasar toda la vida en aprenderlas. Yo nunca haré café como el que V. dice. ¡ Buena la haríamos! ¿ Y quién iría á buscar hierba para la vaca, mientras yo hiciera el café?

-- Lo haré yo, dijo Eugenia.

-- ¡ Hija! dijo madama Grandet, mirando á Eugenia.

A esta palabra, que recordaba el terrible golpe que debia caer sobre aquel desgraciado jóven, las tres mugeres se miraron mutuamente, y le contemplaron con un aire de conmiseracion, que le sorprendió.

-- Qué tiene V., primita?

-- Chst! hizo madama Grandet á Eugenia que iba á hablar. Ya sabes, hija mia, que tu padre se ha encargado de hablar á tu primo.....

-- Carlos, acabó el jóven Grandet.

-- Ah! ¿ se llama V. Carlos? ¿ qué nombre tan bonito! exclamó Eugenia.

Las desgracias presentidas suceden casi siempre. Aquí, Mariana, madama Grandet, y Eugenia, que no pensaban sin estremecerse en la vuelta del viejo tonelero, oyeron un fuerte aldabazo, cuyo ruido particular les era bien conocido.

-- ¡ Es papá! dijo Eugenia.

Y se apresuró á llevarse el azúcar, no dejando mas que algunos terroncitos en el platillo. Mariana se llevó los huevos, y madama Grandet huyó como una cabrita espantada. Era aquello un terror pánico, de que Carlos se quedó admirado.

-- Y bien! ¿ qué sucede? exclamó el jóven.

-- Está aquí mi padre! dijo Eugenia.

-- Y bien!

Entró M. Grandet, echó una mirada sobre la mesa, sobre Carlos, y lo vió todo.

-- Hola! hola! ¿ con que festejais á mi sobriño, eh? Bien, bien, muy bien. Cuando el gato corre por el tejado los ratones corren por las salas.

Me festejan! pensó Carlos, incapaz de sospechar el régimen y costumbres de aquella casa.

-- Dame mi vaso, Mariana, dijo el avaro.

Eugenia se lo presentó, y su padre sacó de la faltriquera un cuchillo con cachas de cuerno y de hoja ancha, cortó una rabanada de pan, tomó un poco de manteca, la estendió sobre el pan y empezó á comer. En este mismo instante Car-

los azucaraba su café. Mr. Grandet vió los terroncitos de azúcar, ecsaminó á su mujer que palidecia, levantóse, dió tres pasos, y acercándose al oído de la pobre vieja, preguntó:

-- ¿De dónde ha salido ese azúcar?

-- Mariana ha ido á comprarlo en casa Grandard, porque no teníamos.

Es imposible formarse una idea del profundo interés que ofrecía á las tres mujeres aquella escena muda; porque Mariana habia dejado la cocina para estar en la sala y ver lo que iba á pasar.

Probado que hubo Carlos el café, lo encontró demasiado amargo y buscó el azúcar.

-- Qué buscas, sobrino? le preguntó su tío.

-- El azúcar que estaba aquí.

-- Ponte leche, si quieres que el café sea mas dulce.

A estas palabras Eugenia tomó el platillo, y lo puso sobre la mesa, contemplando á su padre con calma.

La parisiense que para facilitar la huida de su amante sostiene con sus débiles brazos una escalera de seda, no muestra por cierto tanto valor como desplegaba Eugenia al volver á poner el platillo sobre la mesa. El amante recompensa á la parisiense, que le enseña orgullosamente un brazo herido, pues cada vena lacerada se cubre de lágrimas y be-

sos, y se cura por el placer, al paso que Carlos no debia saber nunca el secreto de las profundas aji-taciones que partian el corazon de su prima, aterrada entónces por la mirada de su padre.

-- Mujer, tú no comes!

Al oír estas palabras de su marido, la pobre mujer cortó un pedazo de pan, y tomó una pera.

Eugenia presentó audazmente á su padre un racimito, diciéndole :-- Papá, prueba mi conserva! ¡ V., primo, tambien comerá, no es verdad! Estas uvas he ido á buscarlas para V.

-- Oh! si no se las pone freno, estas mujeres van á saquear por tí todo Saumur. Cuando hayas acabado iremos á dar un par de vueltas por el jardín, pues tengo que darte algunas noticias bastante tristes.

-- Tristes, tío! Despues de la muerte de mi pobre madre.....

Al pronunciar estas palabras su voz se ablandó.

-- No, no es posible que me suceda desgracia alguna.

-- Sobrino mio, quien puede saber las aficciones que Dios nos prepara para probarnos! díjole su tia.

-- Ta! ta! ta! ta! respondió Grandet. Déjate de necedades. Por lo que á tí toca, sobrino, yo veo con pena que tus manos son sobrado blancas. Y mostróle aquella especie de espaldas de carnero, que la

naturaleza le habia puesto en vez de manos.

-- Estas están hechas para recoger escudos. A tí te han enseñado á poner los pies en la piel de que se fabrican las carteras en que ponemos nuestros billetes de banco. Malo! malo!

-- Qué quiere V. decir, tío! Que me caiga muerto, si he comprendido una sola palabra.

-- Ven, dijo M. Grandet, haciendo crujir la hoja de su cuchillo, bebiendose lo restante de su vino blanco, y abriendo la puerta.

-- Primo mio, tenga V. valor!

El acento de la joven llenó de terror á Carlos que hecho presa de mortales inquietudes, siguió á su terrible pariente.

Eugenia, su madre y Mariana, se fueron á la cocina, escitadas por una invencible curiosidad, para seguir alménos con la vista á los dos actores de la escena que se preparaba en el pequeño y húmedo jardín, á donde se dirijia el tío marchando silenciosamente delante de su sobrino.

M. Grandet no se veia embarazado para descubrir á Carlos la muerte de su padre; pero se sentia movido de una cierta compasion al pensar que quedaba sin un sueldo, y buscaba fórmulas para dulcificar la espresion de esta cruel verdad. *¡Has perdido á tu padre!* Esto era decir nada, los padres mueren antes que los hijos. Pero *¡has quedado arruinado!* Todas la desgracias de la tierra estaban reuni-

das en estas palabras. Y acababa de dar por tercera vez la vuelta por el caminillo del medio del jardín, cuya arena crujia bajo sus pies.

En las grandes circunstancias de la vida, nuestra alma se une fuertemente á los lugares en que los placeres y los infortunios se descargan sobre nosotros. Asi es que Carlos contemplaba con una atencion particular el boj del pequeño jardín, las pálidas hojas que iban cayendo, la degradacion de las paredes, y la desigualdad de los árboles frutales, detalles pintorescos, que debian quedar grabados en su porvenir, eternamente mezclados con aquella hora suprema, por una mnemotecnia (19) particular de las pasiones.

-- Hace calor, dijo M. Grandet, tras una grande respiracion.

-- Sí, tío, pero...

-- Y bien, muchacho, tengo malas noticias que darté. Tu padre está muy malo...

-- ¡Muy malo!.. dijo Carlos. Voy á marchar al momento. ¿No hallaré aquí caballos de posta?

-- Los caballos serian inútiles, contestó su tío, que permanecia inmóvil.

Carlos quedóse mudo, pálido, y fijos sus ojos.

-- ¡Si, pobre muchacho, lo adivinas! Tu padre ha muerto, se ha suicidado.

-- ¡Mi padre!...

-- Sí. Pero esto es nada. Los periódicos lo publican cual si tuviesen derecho á ello. Toma...

Y M. Grandet que se habia llevado el periódico de M. Cruchot, puso el fatal artículo á los ojos de Carlos.

En este momento el pobre jóven, todavía niño, todavía en la edad en que los sentimientos se producen con sencillez, rebentó en lágrimas.

-- Vamos, bien, se decia Grandet. Sus ojos me daban cuidado; llora, ya está salvado. -- Esto todavía es nada, mi pobre sobrino, continuó Grandet sin saber si Carlos le escuchaba, esto es nada, ya te consolarás; pero...

-- Jamas! jamas! padre mio! mi padre!...

-- Te ha arruinado, estás sin un cuarto.

-- ¡Que me importa eso! ¡Dónde está mi padre! ¡padre mio!

Las lágrimas y sollozos resonaban por las salas de una manera horrible y se reproducian por los ecos en los ámbitos de la casa. Las tres mujeres movidas á piedad, lloraban tambien, porque las lágrimas son acaso mas contagiosas que la risa. Carlos, sin escuchar á su tío, se precipitó por el patio, halló la escalera, subió á su cuarto y se echó de través en su lecho, cubriéndose el rostro con las sábanas, para llorar á su sabor, léjos de sus parientes.

-- Es menester dejar pasar el primer arrebato, dijo M. Grandet, entrando en la sala en que Eugenia y su madre habian vuelto á ocupar bruscamente

sus puestos, y donde trabajaban con mano temblorosa, despues de haberse enjugado los ojos.

Eugenia se horrorizó al oír á su padre espresarse así sobre el mas sagrado de los dolores; y desde aquel momento empezó á juzgarle. Aunque sordos, los sollozos de Carlos retumbaban en aquella sonora habitacion, y su profundo llanto, que parecia salir del centro de la tierra, no cesó hasta ya tarde, despues de haberse ido sucediendo por accesos espantosos, y debilitando por grados á proporcion.

-- ¡Pobre jóven! dijo madama Grandet.

Fatal exclamacion! El viejo avaro miró á su mujer, á Eugenia y al platillo del azúcar; luego, acordándose del extraordinario almuerzo hecho para su desgraciado pariente, se plantó en medio de la sala:

-- ¡Hola! dijo con su calma habitual, espero que no se atreverá V. á continuar sus prodigalidades, señora Grandet. Yo no le doy á V. mi dinero para enzucarar á ese pisaverde.

-- Mi madre no tiene culpa alguna, dijo Eugenia, yo soy quien.....

-- ¡Si querrás contrariarme por que eres ya mayor? dijo Grandet interrumpiendo á su hija. Piensa, Eugenia.....

-- Padre mio, al hijo de vuestro hermano, me parece que no debía faltarle.....

-- Ta, ta, ta, ta, dijo el tonelero con sus cua-